

en las puertas de una batalla de ideas

>> Agustín Santella / Docente e investigador en Sociología
e integrante de la revista *Nuevo topo*

La revista *Batalla de ideas* propone la construcción de una izquierda independiente o una nueva izquierda en la Argentina. Entiendo que hay expresiones de continuidad histórica con varios sentidos de la nueva izquierda internacional y latinoamericana. Se nos presenta entonces el problema de pensarla originalmente en el marco de estas tradiciones, partiendo de balances críticos y de un aporte concreto en la situación actual de la política nacional. De esta historia observamos tendencias que convergen y divergen. Una parte importante de la nueva izquierda post-setentas ubica las esperanzas de cambio en los “nuevos movimientos sociales”, en la “democracia radical” post-socialista y en las identidades no clasistas. Trataré de especificar este comentario de esta historia esquemática de la nueva izquierda en diálogo con las consignas de la revista propuesta en el presente. Seguramente no esté demás aclarar que este texto es un ensayo elaborado al calor de este diálogo, con lo que se ofrecen algunas hipótesis de manera provisoria para ulteriores investigaciones teórico prácticas.

LA NUEVA IZQUIERDA EN EL NOVECIENTOS

En su balance histórico Marcuse (1979) decía que “la Nueva Izquierda consiste en grupos políticos situados a la izquierda del tradicional partido comunista; no tienen ninguna nueva for-

ma organizacional, sin base de masas y aislados de la clase trabajadora, especialmente en los Estados Unidos”. Sin embargo, otros orígenes de lo que se ha considerado “nueva izquierda” se sitúan por fuera de los partidos comunistas, como en el mismo Estados Unidos (ver Rorty 1999). O en América Latina en la radicalización de los movimientos democráticos como el de Fidel Castro en los años cincuenta (Martz 1970). Distintos componentes se combinarán con más o menos fortuna en los procesos revolucionarios latinoamericanos de los años sesenta, que en cierto modo continúan en la actualidad. Esta confluencia de elementos democráticos de izquierda con el tronco marxista se encuentra en la “nueva izquierda” francesa desde fines de los años cincuenta (Micaud 1958).

Una serie de rasgos heterogéneos pueden rescatarse de esta primera etapa de la nueva izquierda internacional: (1) anti-positivismo, (2) crítica contemporánea del capitalismo, (3) anti-burocratismo, (4) revolucionarismo, (5) anti-imperialismo. Las nuevas izquierdas revitalizaron la teoría marxista en su crítica a la ortodoxia de los partidos marxistas oficiales (los socialistas primero y los comunistas después). Desde 1900 estos marxistas “izquierdistas”, genéricamente rechazaron el positivismo que impregnó al “marxismo como ciencia” propugnado por la II y III internacional. Rescataron la filosofía de Hegel para argumentar a favor de la capacidad revolucionaria del proletariado y su intervención necesaria en la historia. Esto deriva de una discusión de los fundamentos de la teoría del conocimiento. Pero al mismo tiempo complejizaron, a tono con los cambios histórico fácticos, el análisis del capitalismo contemporáneo. El capitalismo de posguerra no solo desarrolla las fuerzas productivas, sino los modos de dominación (bajo democracias) institucionales y culturales. Allí cobra gran relevancia la cuestión de la subjetividad como hegemonía cultural. La influencia de la teoría social no marxista impulsa una lectura de la cosificación del mundo social a tono con la teoría del fetichismo de la mercancía en Marx. Así no solo el capitalismo sino que el Estado socialista y los partidos obreros se burocratizaron en el sentido más profundo del concepto, esto es como creaciones de nuevas estructuras sociales de domina-

ción. Aunque haya conducido al pesimismo en Adorno, la crítica de la ideología condujo a la experimentación vanguardista de los movimientos estudiantiles de los países desarrollados y a la revuelta cultural representada por Marcuse. Siguiendo el decurso en Estados Unidos, el democratism liberal de los orígenes de la New Left culmina en el rechazo completo de la democracia burguesa.

En América Latina donde los partidos comunistas no desempeñaron un papel revolucionario, y donde las tradiciones del movimiento obrero eran menores, el neoizquierdismo surge de movimientos democrático-populares, culminando en la lucha armada. De hecho, a fines de los años sesenta el antiimperialismo se convierte en fuerza independiente en el mundo revolucionario. Aunque no es mencionada en el balance que hace Perry Anderson del marxismo occidental, la rebelión tercermundista hizo un aporte teórico importante. Condujo, vía la teoría de la dependencia, a una reconsideración de los efectos del imperialismo en la misma teoría marxista. Claro que estos elementos se cuentan en la tradición marxista anterior, pero tienen un salto cualitativo en estos años. La idea del capitalismo como sistema mundial estaba en Marx y en Parvus-Trotsky pero es radicalizada por los “marxistas históricos” (de Gunder Frank en adelante). Acompañan en otro nivel a las críticas de la ortodoxia evolutiva de los programas de la II internacional y el stalinismo. Se lo puede considerar como un suelo histórico del debate sobre la teleología histórica y la cuestión del progreso que se ha profundizado hasta hoy, de manera posmoderna o crítico-revolucionaria. Aunque el concepto del capitalismo-mundo estaba en Trotsky, éste todavía se manejaba en una historia objetiva teleológica.

Antes de seguir, haremos una síntesis de las ontologías y la teoría histórica aquí sugeridas. Podemos decir que las capacidades productivas del sujeto social existen temporalmente. La historia es la mediación temporal del sujeto consigo mismo, solo que a diferencia del sistema de Hegel aquí no vuelve a ningún punto que no sea definido por su acción, aunque a la vez este reconocerse esté abierto constantemente. Es la versión radical de que la historia-sociedad la hacen los hombres sin saber

bien cómo. Este no saber es análogo al inconsciente. No se resuelve por el descubrimiento de una verdad oculta y aprehensible como un objeto, sino que es subjetivo. Esto no quita que en la acción real los hombres actúen produciendo utopías o ideales, solo que estos ideales no anuncian enteramente su verdad. La adecuación contradictoria entre objetividad y subjetividad como proceso abierto es una vía de racionalización deseada, que hace a la emancipación como auto-emancipación¹.

Hacia mediados de los años setenta comienza la crisis de esta primera etapa de la nueva izquierda internacional. Ahora se incorporan una serie de elementos que separan, en vez de hacer confluir como antes, a las tradiciones comunistas de las democráticas populares: (1) post-modernismo, (2) post-capitalismo, (3) nuevos movimientos sociales, (4) estudios culturales, (5) post-colonialismo. Por su cercanía, nos encontramos más familiarizados con este temario. Son las coordenadas culturales de nuestra época. (1) Se ha aceptado el carácter pos-moderno de la etapa que se abre en los años ochenta. (2) La dinámica de producción de las sociedades, o sus mecanismos, ya no alcanzan con el análisis crítico del capitalismo. (3) La multiplicidad de contradicciones se traslada a la pluralidad de los sujetos, operándose el descentramiento respecto de la clase obrera para el proyecto socialista. (4) El campo de la producción y reproducción social más importante deja de ser la economía política y el estado y pasa a la cultura y al lenguaje. La vieja izquierda fue economicista, mecanicista y determinista. La primera generación de neo-izquierdistas ya dijeron esto. Pero se quedaron cortos -sostiene la generación posterior- en la profundización de los mecanismos de dominación de la subjetividad, y en su capacidad de emancipación. La descomposición de los discursos y las luchas simbólicas aparecen como los terrenos de la batalla contemporánea. La subjetividad se encuentra con el psicoanálisis, la antropología, la comunicación. Importa el punto

1. Estas ideas estarán formuladas en la crítica de Max Eastman al marxismo hegeliano soviético hacia los años 1930, a las que se opone vigorosamente Trotski (ver Diggins 1974).

de vista del actor y el acercamiento a su subjetividad. Así con la segunda etapa adquiere relevancia E. P Thompson, historiador revolucionario de la generación de los años cincuenta y sesenta. Su figura ilustra el pasaje a los nuevos movimientos sociales. El historiador más eminente de la clase obrera encuentra en el presente que los actores más cuestionadores no son los sindicatos o partidos obreros sino los movimientos ecologistas, anti-nucleares o feministas.

DE SU ENTRONQUE POLÍTICO EN EL PRESENTE

Al ubicarse en las renovaciones de la nueva izquierda, la revista *Batalla de ideas* se entronca en el conjunto de aquellos debates históricos. Para esta revista se trata de la expresión teórica de un movimiento real. Es parte de una experiencia política organizada que se diferencia y que opone una alternativa a la vieja izquierda argentina, principalmente encarnada en organizaciones partidarias. Muchos de los motivos para buscar otro camino por fuera de los partidos de la izquierda son los mismos de hace 50 a 100 años. Las organizaciones se burocratizan y crean una concepción esencialmente burocrática que niega la creatividad emancipatoria. Una renovación de la misma teoría es parte de un proceso autocrítico que corrija estas burocratizaciones. Este tipo de problemas fueron planteados en 1900 -frente al positivismo de la social-democracia-, en 1950 -frente al marxismo de manual stalinista- y se sigue planteando. Otros impulsos son más actuales, como la idea de un sujeto revolucionario plural, que integre a movimientos no exclusivamente afincados en los trabajadores productivos². “Construcción de base, poder popular, política prefigurativa, sujeto plural, la-

2. Sobre este tema cabría un comentario especial de la interesante nota de M. Lebowitz en la revista. El pone un concepto de “trabajo socialista” como producción de la sociedad o relaciones sociales, antes que como producción de valores de uso, pero no extiende las implicancias de este concepto para el análisis de clase.

tinoamericanismo, articulación social y proyección política”; estos son los ejes programáticos propuestos en el artículo de Martín Ogando para la configuración de una nueva izquierda argentina. Estos conceptos se entroncan con las ideas expuestas en el apartado anterior.

Una argumentación interesante contra las nuevas izquierdas actuales la hace Bonefeld (1998). Este texto interesa porque describe ciertos cursos de lo que hemos llamado la generación más cercana de la nueva izquierda, la posterior a los años sesenta. Lo que señala aquí es fundamentalmente que esta “nueva izquierda” se deshizo de la teoría marxista (para Bonefeld expresada en la teoría crítica de la sociedad) en búsqueda constante de la “novedad”, como tratando con modas intelectuales. Sus ejemplos son Habermas y Offe. Estos se destacaron por una revisión filosófica del materialismo histórico. La conclusión política es la construcción de una sociedad radicalmente democrática, sin tener en cuenta la lucha contra el capitalismo. Los sujetos de esta radicalidad democrática son los nuevos movimientos sociales. Ciertamente este democratismo es abstracto y deja en suspenso la lucha contra la dominación social. Implica una vuelta a la tradición democrática por fuera del comunismo o del socialismo. Esto ejemplifica para Bonefeld cómo las modas, la mera intención de distinguirse constantemente de la teoría consagrada, nos retorna al liberalismo capitalista y a sus filosofías. Más allá de la moda, sin embargo, hay que ubicar el marxismo que defiende Bonefeld como una conquista de un proceso de crítica permanente del propio marxismo. En este sentido coincide con uno de los objetivos de la nueva izquierda. El marxismo de Bonefeld, al basarse en la “teoría crítica de la sociedad”, es parte de esta historia política e intelectual de rechazo al positivismo, de retomar la dialéctica, pero también de buscar una dialéctica abierta, no teleológica. Otros usan la expresión frankfurtiana de “dialéctica negativa”. Estas ideas surgieron de la cooperación entre intelectuales y revueltas de masas, en el sentido de reflexionar y formar ideas para la lucha contra el capital y contra las burocracias.

También en América Latina y Argentina se sostiene que la izquierda debe programarse en torno de la “democracia radical”

(ver Romero 1996). Un retrato de una fase de esta transición del programa socialista al programa democrático en América Latina lo hace Burgos (1997) en su estudio del uso de las ideas de Gramsci en el campo de los intelectuales pero sobre todo de importantes organizaciones políticas, como el Sandinismo, el FMLN salvadoreño, el PT brasileño, el PC argentino, o la guerrilla colombiana del M-19. Las ideas de Gramsci habrían influido en las formaciones políticas de la izquierda latinoamericana desde los sesenta. Particularmente, un nuevo concepto de revolución vinculado a la idea de revolución como proceso que se conquista en la lucha por la hegemonía. Pero posteriormente esta lucha hegemónica se entiende como lucha por la “radicalización de la democracia”. “Como contenido, el concepto de democracia define el objetivo último estratégico –una expansión continua e ilimitada que trasciende la democracia burguesa a través de distintas prácticas de la democracia participativa. Trabajando dentro de los confines de la democracia burguesa representativa, uno extiende los espacios para actuar en la sociedad civil y establecer una democracia social a través de las acciones y el involucramiento de las masas”.

Esta síntesis programática describe bien la trayectoria de los movimientos analizados pero no resuelve los problemas que se plantean en la lucha por la transformación social. La idea de radicalización de la democracia se entiende como medio a la vez que fin. Filosóficamente se sostiene diciendo que la producción racional de una nueva sociedad es contradictoria con una idea absoluta de emancipación (la cual conduce al mesianismo). Así una sociedad donde rige la autonomía de sus miembros es aquella que se puede construir dialógicamente por ellos.

Mi crítica a las tesis de la “democracia radical” es que los sujetos reales guían su acción, incluyendo la emancipadora, por ciertos fines aun cuando no se correspondan con la lógica de su acción. El socialismo o comunismo, o cualquier otra ideología política, es uno de estos fines. Aunque no sean verdaderos como parámetro objetivo de justicia (y es cierto que no podemos en nombre de la ciencia afirmarlos), son necesarios para la acción del sujeto y en este sentido lo constituyen. Los democratistas radicales aceptan los fundamentos capitalistas

que son incompatibles con la democracia radical. La oposición al capitalismo como ideal de justicia social es necesaria para la democratización que supere en la práctica lo procedimental-institucional.

Ejemplos de la actualidad de estos debates son las luchas latinoamericanas actuales. Las experiencias de superación del neo-liberalismo en América Latina requieren no solo de más democracia sino de proyectos alternativos de sociedad. Quizás a diferencia de los marxistas ortodoxos no podamos decir que nos ampara la verdad científica para afirmar que nuestras ideas de cambio social se corresponden con la objetividad histórica y la verdad de los hechos amparados en el conocimiento de sus leyes. Pero en la medida en que estamos en este mundo, estos ideales expresan una relación crítica y práctica con la posición que ocupamos en estas sociedades.

NÚCLEO RACIONAL DEL PROGRAMA Y LAS CONSIGNAS

Volviendo a las consignas de *Batalla de ideas*. Si las leemos bien, comprobamos que no se habla de “socialismo” como consigna. Y quizás correctamente. Esto en el sentido en que en la medida que el concepto de “anticapitalismo” recorre el conjunto de las ideas, articulándolas, el socialismo aparece no como ideal externo al movimiento sino como una creación en el contexto de las luchas reales. La consigna anticapitalista presenta una diferencia importante con el proyecto democrático radical, ya que éste se desconecta de la lucha anticapitalista. Como escribía Antonio Negri hace rato, no tiene fundamento en la teoría marxista hablar de socialismo o de comunismo como estadio o etapa futura sino como movimiento de negación de lo actual, de lo dado. Aceptando esa limitación, el programa socialista es la elaboración de las consignas de lucha, de transición entre el momento actual y su superación, que como tal no se puede anunciar “empíricamente”. Un elemento de ese programa es el diagnóstico del capitalismo y las formas de dominación política y cultural más amplias.

BIBLIOGRAFÍA

- Bonefeld, Werner (1998). "New Left and politics of novelty", *Economic and political weekly*, Vol. 33, No. 12, Marzo de 1998, pp. 667-670.
- Burgos, Raúl (1997). "La interferencia gramsciana en la producción teórica y política de la izquierda latinoamericana", ponencia presentada en LASA, México.
- Diggins, John (1974). "Getting Hegel out of history: Max Eastman's quarrel with Marxism", *The American Historical Review*, Vol. 79, No. 1, 1974, pp. 38-71.
- Habermas, Jürgen (1988). "La crisis del Estado de bienestar y el agotamiento de las energías utópicas", en *Ensayos políticos*. Barcelona: Ediciones Península, 1988, pp. 113-134.
- Marcuse, Herbert (1979). "The failure of the New Left?", *New German Critique*, No. 18, 1979, pp. 3.-11.
- Martz, John D. (1970). "Doctrine and dilemmas of the Latin American "New left"", *World Politics*, Vol. 22, No. 2, 1970, pp. 171-196.
- McInnes, Neil (1971). "The Young Marx and the New Left", *Journal of Contemporary History*, Vol. 6, No. 4, 1971, pp. 141-159.
- Micaud, Charles (1958). "The "New Left" in France", *World Politics*, Vol. 10, No. 4, 1958, p. 537.
- Romero, Anibal (1996). "Radical democracy. The New left-wing utopia for Latin America", *World Affairs*, Vol. 159, No. 1, 1996, pp. 29-36.
- Rorty, Richard (1999). *Forjar nuestro país. El pensamiento de izquierdas en los Estados Unidos del siglo XX*, México: Paidós.